

# Lectio existencial de la *Llama de amor viva*

PATRICIA NOYA ARRIZABALAGA

*Carmelitas Descalzas, Hondarribia (Gipuzkoa)*

Recibido 25 de noviembre de 2020

Aceptado el 12 de diciembre de 2020

RESUMEN: esta reflexión se construye como una *Lectio Divina*, una aproximación al texto orante y experiencial. Tras una breve introducción explico la metodología ciñéndome al esquema clásico de *Lectio, Meditatio, Oratio, Contemplatio, Actio*. El texto se abre y nos revela quién es Dios y que su propósito es engrandecernos e igualarnos a Él en el amor, para lo cual primero hubo de acostumbrarse a relacionarse y habitar en nuestra carne. Esta meditación nos conduce a los Romances, donde encontramos un eco profundo de la economía del *Adsuceseret Deum* («Acostumbramiento» a Dios) de san Ireneo, con implicaciones para nuestra vida.

PALABRAS CLAVE: *lectio* existencial, historia de la salvación, romances, Trinidad, acostumbramiento, transformación en Dios.

## An Existential Lectio of *Living Flame of Love*

ABSTRACT: This reflection is constructed as a *Lectio Divina*, a prayerful and experiential approach to the text. After a brief introduction, I explain my methodology, which adheres to the classic schema of *Lectio, Meditatio, Oratio, Contemplatio, Actio*. The text opens itself to us and reveals who God is, and that his purpose is to glorify us and make us equal to Him in love. In order for this to be accomplished, it is necessary first to learn how to establish relationships, and to dwell in our own flesh. This meditation leads us to the *Romances*, where we find a deep echo of the economy of St. Irenaeus's *Adsuceseret Deum* («Accustoming Oneself to God»), which has implications for our lives.

KEY WORDS: Existential lectio, salvation history, romances, Trinity, becoming accustomed, transformation in God.

## INTRODUCCIÓN

«A veces una palabra, una frase, un poema o un relato es tan sonoro y tan acertado que nos induce a recordar, por lo menos durante un instante, de qué materia estamos hechos realmente y dónde está nuestro verdadero hogar»<sup>1</sup>. Estas palabras de Clarissa Pinkola han resonado en mí asociadas a la *Llama de Amor viva* el suficiente tiempo y con la suficiente intensidad como para sentir que no tenía más remedio que encabezar con ellas esta *Lectio*.

Confieso que ha sido difícil abordar esta reflexión que me resisto a llamar artículo, pues son cosas «interiores y espirituales, para las cuales comúnmente falta lenguaje» (LB P,1). Por una parte, el enfoque del trabajo como una *Lectio* existencial me brinda una gran libertad a la hora de abordarlo, pues la *Lectio* es una aproximación al texto sin ir a buscar nada en concreto. Pero por otra parte esa «no búsqueda» de *a priori*s me obliga a enfrentarme al texto desnudamente, apoyándome solo en él, desestimando la opción de refugiarme detrás de las palabras de otros. Cosa que a pesar de todo, lo confieso, en algún momento he acabado haciendo.

En la lectura repetida de un escrito tan amplio, necesariamente son muchos los hilos que se encuentran y entrecruzan. Intentando no doblar las palabras a ninguna intención o dirección previa he tirado de uno de esos hilos, del que más se me enredaba entre los dedos, abandonando otros quizá mejores o más adecuados, y con él se ha entretejido esta reflexión. Esta es pues una *Lectio* existencial entre las innumerables que se podían haber hecho y se pueden seguir haciendo, tantas como personas y circunstancias; mi deseo sería que la necesidad de elegir un hilo y no otros para tejerla en lugar de empobrecerla la hubiera hecho más clara y profunda.

## ESCUCHAR COMO DISCÍPULA

Al emprender un camino siempre comenzamos desde algún lugar, y creo necesario explicar brevemente desde dónde lo hago yo.

---

<sup>1</sup> CLARISSA PINKOLA ESTÉS, *Mujeres que corren con los lobos* (Barcelona: Ediciones B, 2016), 17.

En el proceso de aceptación y elaboración de esta reflexión en varios momentos me he sentido abrumada por la comunicación de Dios que el texto transmite, «la mayor que él le puede hacer en esta vida» (LB 3,4), y por el lugar desde el que está escrito: el matrimonio espiritual, un lugar que no conozco y que aún no he alcanzado. ¿Y cómo podré hablar de las entrañas del espíritu si no es con entrañable espíritu? (Cf. LB Pról. 1).

Este reparo pone el foco equivocadamente en mi persona, y pierde consistencia desde la lectura de la primera frase del prólogo: «Alguna repugnancia he tenido, muy noble y devota señora, en declarar estas cuatro canciones que Vuestra Merced me ha pedido» (LB Pról. 1). La declaración del poema de la *Llama*, así como el mismo poema, están dedicados a doña Ana de Peñalosa: amiga, bienhechora e hija espiritual de Juan de la Cruz. Y precisamente esa dedicatoria nos recuerda que la posición para enfrentarnos a este texto no es la de quien lo escribe ni la de quien lo protagoniza, sino la de quien lo recibe. Somos Ana de Peñalosa en tanto en cuanto somos discípulas, receptoras de este texto que recoge una experiencia personal de una verdad de fe. Esta forma de acercamiento se asemeja a un ejercicio de *Lectio* con la Palabra de Dios, que no nace de nuestra experiencia, sino que partiendo de la carne del texto nos lleva a la experiencia y a la confesión de fe.

Juan de la Cruz escribe, pues, para doña Ana, pero todos nosotros nos reconocemos destinatarios de este texto. Porque está escrito «no solo para estas almas que van tan prósperas, sino también para todas las demás que andan en busca de su Amado» (LB 3,27). Al contarnos entre estas «buscadoras», nos reconocemos discípulas y discípulos de un maestro veraz, porque todo lo que dice san Juan de la Cruz es cierto. Por eso me atreveré a comentar este texto, no desde mi experiencia, sino desde su autoridad; la que le confiere la sintonía perfecta que hay entre su palabra y su vida: «A todos estos yo respondo» (LB 1,15).

Hay en el autor una voluntad explícita de transmitir lo intransmisible, y ni siquiera a él, que es un maestro de las palabras, le resulta fácil: al final de la declaración se queda también sin pala-

bras<sup>2</sup>. En ese esfuerzo que él mismo confiesa haber hecho reconocemos el afecto hacia doña Ana y el deseo de comunicarle —difícilmente— esa experiencia, para que su amiga y discípula recorra también por su parte el camino de su propia experiencia. Reconocemos esto pero hay mucho más, porque nadie queda fuera del alcance de este texto, y esa es también la voluntad explícita del autor. Lo comprendamos o no en una primera o segunda o enésima lectura, todo lo que cuenta nos concierne. Ese esfuerzo del autor por acercarnos a la experiencia inefable nos pide a su vez correspondencia: hacer también un esfuerzo, y ponernos, en expresión del Santo, en «modo de recibir» (LB 3,34).

#### SOPORTAR LA DISTANCIA

Mi carencia de formación específica y mi deseo de andar en verdad me sitúan ante este trabajo en una posición de enorme indigencia<sup>3</sup>, pues «ni lo entiendo por ciencia ni lo sé por experiencia» (LB 1,15). Esto que podría ser un obstáculo me conecta al mismo tiempo con la inmensa mayoría de la gente; y al decir «gente» no me refiero a quienes leen y estudian el libro de la Llama, sino a la mayoría de las personas que viven y caminan sobre la faz de la tierra, cargando con una u otra forma de pobreza, oscuridad o pecado. La palabra «existencial» en el título de esta reflexión y la vocación orante que justifica a medias la publicación de estas páginas han hecho que todas estas personas, muchas con su rostro y nombre, estuvieran presentes en la gestación de este trabajo.

Por otra parte, junto a esta pobreza inmensa, está la certeza que el mismo texto aporta de que no hay en esta Llama «cerca de la cual ve y siente el alma claramente sus miserias» (LA 1,22) ninguna voluntad que no sea amorosa y sanadora: «Porque esta llama de suyo es en extremo amorosa y tierna, y amorosamente embiste en la voluntad», pero «la voluntad de suyo es seca y dura en extremo» (LB 1,23).

---

<sup>2</sup> LA 4,17.

<sup>3</sup> «El alma de suyo es pobrísima y no tiene bien ninguno ni de qué se satisfacer» (LB 1,23).

Añado pues a este marco o contexto de partida esa parte de *pathos*, de soportar la pena de la distancia y permanecer expuesta a esta llama que calienta y quema incluso desde el papel. Porque es imposible acercarse al texto en una actitud orante —es decir, abierta— sin ser alcanzada.

En síntesis la forma de aproximación a esta *Llama de amor viva* es la misma que a cualquier otro texto sagrado o inspirado por Dios: escuchando como discípula, aceptando la distancia y desde una confesión de fe. Porque yo creo que ese es Dios y así es Dios, y esta certeza de fe y esta esperanza, aun con lo que tiene de gemido<sup>4</sup>, convierten paradójicamente mi pena al abordar este trabajo en sabrosa. Así que parafraseando al Santo «me he animado, sabiendo que de mi cosecha nada que haga al caso diré en nada» (LB Pról. 1).

#### METODOLOGÍA DE LA LECTIO

La *Lectio Divina* es sustancialmente la lectura orante de la Palabra de Dios. En un sentido más amplio, aplicado desde los primeros siglos en la tradición de la Iglesia<sup>5</sup>, es la lectura orante de un texto inspirado por el Espíritu Santo. Y no podemos dudar de que este sea un texto inspirado, pues el mismo autor lo reconoce ya desde el Prólogo: las canciones se escribieron con entrañable espíritu, y no ha podido declararlas, a pesar de la insistencia de doña Ana, hasta que no se ha «abierto un poco la noticia» nuevamente «y dado algún calor» (LB P,1). Y después de aclarar que «todo lo que se dijere es menor de lo que allí hay, como lo es lo pintado de lo vivo», nos confiesa que «me atreveré a decir lo que supiere» (íd.). Juan de la Cruz va a hablarnos, pues, de lo que sabe.

Hay más razones para afirmar que este es un texto inspirado. Escribe el P. Ian Mathew acertadamente que «la palabra “fuego”

---

<sup>4</sup> «Porque vive en esperanza todavía, en que no se puede dejar de sentir vacío, tiene tanto de gemido, aunque suave y regalado, cuanto le falta para la acabada posesión de la adopción de hijos de Dios, donde, consumándose su gloria, se quietara su apetito» (LB 1,27).

<sup>5</sup> Cf. *La Regla de San Benito*, edición dirigida por García M. Colombás e I. Aranguren (Madrid: BAC, 1979), 84, 139, 147; 378-381.

nunca quema a nadie, pero que en Llama la distancia entre palabra y realidad se reduce al mínimo»<sup>6</sup>. Al afrontar el texto, este arde<sup>7</sup>. Creo que se podrían aplicar aquí a Juan de la Cruz las palabras que fray Luis de León dedicó a la Madre Teresa en carta a Ana de Jesús, cuando escribe que «el amor grande que en aquel pecho santo vivía, salió como pegado a sus palabras, de manera que levantan llama por donde quiera que pasan»<sup>8</sup>.

Esta palabra de Juan de la Cruz es también una palabra habitada, un *símbolo* en el sentido más genuino del término. Sin pretender asomarme siquiera a la espesura de símbolos que pueblan este libro, solo quiero recalcar aquí, en esta aproximación orante al texto, lo poderoso que es el propio concepto de *símbolo*. La *Llama de Amor viva* en su textualidad es un símbolo en sí misma, es como «la sombra luminosa» (cf. LB 3,14) del Dios inefable. La *Llama* de Juan de la Cruz arde porque no solo revela, sino que en cierto modo contiene en sí el Misterio.

Sabiendo pues que este es un texto inspirado, nos ponemos ante él en esa actitud de discípulos y discípulas. Las condiciones para el discipulado son la fe, la escucha y la búsqueda de Dios, y son las mismas que la tradición de la Iglesia exige para la *Lectio*<sup>9</sup>. Son

---

<sup>6</sup> IAIN MATTHEW, *El impacto de Dios* (Burgos: Monte Carmelo 2001), 47.

<sup>7</sup> Declaración de Ambrosio de Villareal, el médico que le atendió en Úbeda poco antes de morir: «Este testigo tiene un libro del dicho padre fray Juan de la Cruz, que llaman Noche oscura, y otro que llaman Llama de amor viva, y acontece que muchas veces estando desconsolado o distraído con sus ocupaciones toma por remedio leer un rato alguno de los dichos libros y encenderse y avivarse en el servicio de Dios y consuelo de su alma por la viveza que sus palabras tienen». Recogido por ANDRÉS DE LA ENCARNACIÓN en *MemHist*, A, n. 37; ed. I, p. 59.

<sup>8</sup> FRAY LUIS DE LEÓN, «Carta dedicatoria a las madres priora Ana de Jesús y religiosas carmelitas descalzas del monasterio de Madrid», en: *Obras completas castellanas*, vol. I (Madrid: BAC, 1991), 908.

<sup>9</sup> «Dedicate a la “lectio” de las divinas Escrituras; aplícate a ello con perseverancia. [...] Entrégate a la “lectio” con la intención de creer y agradecer a Dios. Si durante ella te encuentras con una puerta cerrada, llama y te abrirá aquel portero del que Jesús tiene dicho: “A quien llama, el portero le abre” (Jn 10,3). Entregándote así a la “lectio divina”, busca, con lealtad e inquebrantable con-

también los rasgos que definen al orante, pues la *Lectio* es sobre todo una praxis de oración: en palabras de San Bernardo, el sentido más oculto de un texto inspirado se percibe no con la discusión sino con la plegaria<sup>10</sup>.

Una *Lectio* existencial es pues, ante todo y siempre, una *Lectio* orante: exige desasimio, no busca resultados; calla y escucha respetando el texto, sin hacerle violencia. La metodología es simple, y está contrastada por siglos de práctica continuada: consiste básicamente en golpear el texto pacientemente una y otra vez, masticarlo, rumiarlo (*ruminatio*) para que nos revele su interior. Por eso exige una lectura sosegada y prolongada, y requiere de nosotros fe humilde y perseverancia, hasta que se abra para nosotros. Porque tenemos la certeza de que se abrirá, aun aceptando que no sabemos cuándo ni cómo va a suceder, porque en palabras de Simone Weil, es otro el que abre. No es fácil quedarse esperando ante esa puerta que solo se abre desde dentro, soportando en la espera el peso de nuestra impotencia. Por si sirve de ayuda, a mí personalmente me ha ayudado a perseverar en esta lectura y relectura un pequeño párrafo de la 3ª canción de la Llama: «Y si tienes más dudas, no sé qué te diga, sino que lo vuelvas a leer, quizá lo entenderás, que dicha está la sustancia de la verdad» (LB 3,75).

La «carne» de esta *Lectio* han sido el poema y su declaración. He tratado de mantenerme fiel al texto en el sentido de acudir siempre y solo a él directamente, aunque finalmente no lo haya hecho con esa pureza a la que inicialmente aspiraba. Porque en la *Lectio* se compromete la persona entera, y eso incluye mi historia y mi me-

---

fianza en Dios, el sentido de las divinas Escrituras oculto a la gran mayoría. No te contentes con llamar y buscar, porque es absolutamente necesaria la “oratio” a fin de comprender las cosas de Dios. Para exhortarnos a ella, el Salvador no dijo únicamente: “Llamad y se os abrirá” y “Buscad y encontraréis”, sino también “Pedid y recibiréis” (Mt 7, 7; Lc 11, 9)». (ORÍGENES, «Carta a Gregorio el Taumaturgo», 4. Citada por M. Masini, *La Lectio Divina* (Madrid: BAC, 2001), 9.

<sup>10</sup> Cf. LECLERCQ, J., «S. Bernard et la théologie monastique du XII siècle», en *Analecta Sacri Ordinis Cisterciensis*, 9 (1953), 7-23.

moria. Así pues, a lo largo de esta reflexión citaré otras fuentes, que han estado muy presentes en mi historia o han salido por sorpresa de algún cajón de mi memoria.

Desarrollaré esta reflexión a grandes rasgos sobre el esquema clásico: 1. *Lectio*, una lectura orante: qué dice el texto. 2. *Meditatio*, una meditación-profundización: qué nos revela el texto. 3. *Oratio*, oración como respuesta a Dios. 4. *Contemplatio*, contemplación: detenernos para dejarnos transformar por Dios. 5. Y finalmente *Actio*, la acción, cuyo objeto es recrear y por tanto transformar la realidad.

## 1. LECTIO

La *Lectio* como forma de aproximación al texto ayuda a mantener la memoria de Dios. El cristiano es un discípulo y por lo tanto un oyente, más aún, un «escuchador» de la Palabra. La escucha y el diálogo íntimo con Dios no son tanto lo que hacemos sino lo que somos. La escucha literal, la que ejercitamos con nuestro oído físico, forma parte de la *Lectio*: el texto se proclama, se pronuncia, incluso en la *Lectio* personal, cuánto más en la compartida o comunitaria. No tendría sentido hacer una *Lectio* existencial sin hacer realmente una lectura del texto, que es insustituible. Así que ante la imposibilidad de hacerlo con todo el comentario, transcribo aquí al menos el poema:

### CANCIONES QUE HACE EL ALMA EN LA ÍNTIMA UNIÓN CON DIOS

1. *¡Oh llama de amor viva,  
que tiernamente hieres  
de mi alma en el más profundo centro!  
Pues ya no eres esquiva,  
acaba ya, si quieres;  
¡rompe la tela de este dulce encuentro!*
2. *¡Oh cauterio suave!  
¡Oh regalada llaga!  
¡Oh mano blanda! ¡Oh toque delicado,  
que a vida eterna sabe  
y toda deuda paga!  
Matando, muerte en vida las has trocado.*

3. *¡Oh lámparas de fuego,  
en cuyos resplandores  
las profundas cavernas del sentido,  
que estaba oscuro y ciego,  
con extraños primores  
calor y luz dan junto a su querido!*
4. *¡Cuán manso y amoroso  
recuerdas en mi seno,  
donde secretamente solo moras,  
y en tu aspirar sabroso,  
de vida y gloria lleno,  
cuán delicadamente me enamoras!*

«Dicha está la sustancia de la verdad» (LB 3,75). En la lectura orante de este texto han aflorado a la superficie una verdad, un propósito y un proceso.

## 2. MEDITATIO

### A) Una verdad: quién es Dios

Una de las añadiduras más significativas que hay en la Llama B con respecto a la 1ª redacción, a mi juicio, es el nº 15 de la canción 1ª. Dice así:

«Y porque las cosas raras y de que hay poca experiencia son más maravillosas y menos creíbles, cual es lo que vamos diciendo del alma en este estado, no dudo sino que algunas personas, no lo entendiendo por ciencia ni sabiéndolo por experiencia, o no lo creerán, o lo tendrán por demasía, o pensarán que no es tanto como ello es en sí. Pero a todos estos yo respondo, que el Padre de las lumbres (Sant. 1,17), cuya mano no es abreviada (Is. 59,1) y con abundancia se difunde sin aceptación de personas do quiera que halla lugar, como el rayo del sol, mostrándose también él a ellos en los caminos y vías alegremente, no duda ni tiene en poco tener sus deleites con los hijos de los hombres de mancomún en la redondez de las tierras (Prov 8,31)» (LB 1,15).

Al leer este párrafo dedicado a quienes «o no lo creerán, o lo tendrán por demasía, o pensarán que no es tanto como ello es en sí», pienso en Juan de la Cruz repasando la primera y rapidísima

redacción, difundida también rapidísimamente en copias manuscritas, y escuchando ya quizá esas mismas objeciones. Y en la solemnidad con que responde a éstas, resuenan las palabras de Jesús en el Evangelio cada vez que, hablando con autoridad, utiliza la fórmula «habéis oído que se dijo»...«pero yo os digo». Hay en esa apelación recurrente de Juan de la Cruz a nuestra fe un celo por la gloria de Dios, y una necesidad de confesarlo y de provocar nuestra confesión. «No hay que maravillarse que haga Dios tan altas y extrañas mercedes» (LB P,2), ¡es lo propio de Dios! La pregunta implícita que se nos hace aquí a cada uno de nosotros es la misma que pone el evangelista Juan en boca de Jesús, en diálogo con su amiga Marta: «¿Crees esto?»<sup>11</sup>. No todas las almas estamos en tan perfecto grado de unión como es el matrimonio espiritual. Pero a la hora de enfrentarnos al texto, a todas, perfectas e imperfectas, se nos pedirá lo mismo: la fe<sup>12</sup>. «¿Crees esto?»

«Dios siempre se está así» (LB 4,7), así es y así actúa, viene a decirnos Juan de la Cruz. «Un solo y sencillo ser de Dios, que [...] resplandece de todas estas maneras» (LB 3,15). «Y no es de tener por increíble» —¡cómo sabe que no le creemos del todo!— «que a un alma ya examinada [...] y hallada fiel en el amor, deje de cumplirse en esta fiel alma en esta vida lo que el Hijo de Dios prometió (Jn. 14,23), conviene a saber: que si alguno le amase, vendría la Santísima Trinidad en él y moraría de asiento en él; lo cual es ilustrándole el entendimiento divinamente en la sabiduría del Hijo, y deleitándole la voluntad en el Espíritu Santo, y absorbiéndola el Padre poderosa y fuertemente en el abrazo abisal de su dulzura» (LB 1,15).

Este es Dios y así es Dios, este Misterio que nos acoge en el abrazo abisal de su dulzura. En la Canción 2ª se nos describe cómo trabajan estas tres Divinas Personas, y cómo entre los tres «hacen esta divina obra de unión»<sup>13</sup>. Llaga, mano, toque delicado. Resuena en este texto otro de San Ireneo que habla de las Tres Personas pre-

---

<sup>11</sup> Jn 11,26.

<sup>12</sup> «Dios es la sustancia de la fe» (CB 1,10).

<sup>13</sup> LB 2,1.

sententes en la Creación, nombrando al Hijo y al Espíritu como «las manos del Padre» con las que creó al Hombre: una Humanidad hecha en semejanza al Hijo y vivificada por el Espíritu Santo del que somos templo.<sup>14</sup> Es la primera vez que cito en este trabajo al santo obispo de Lyon, pero no será la última.

E insiste Juan de la Cruz, apoyando en la Revelación la autoridad de sus palabras: «Pues él lo dijo (Jn 14,23) que en el que le amase vendrían el Padre, Hijo y Espíritu Santo, y harían morada en él, lo cual había de ser haciéndole a él vivir y morar en el Padre, Hijo y Espíritu Santo en vida de Dios» (LB Pról. 2)<sup>15</sup>. «Igualándose contigo, mostrándosete en estas vías de sus noticias alegremente, con este su rostro lleno de gracias y diciéndote en esta unión suya, no sin gran júbilo tuyo: Yo soy tuyo y para ti, y gusto de ser tal cual soy por ser tuyo y para darme a ti» (LB 3,6).

La aspiración más alta y nuestro deseo más profundo como creyentes es la plena identificación con Cristo, la unión perfecta con el Verbo-Esposo. Bien, pues esa alta aspiración de nuestra alma no es comparable ni de lejos con la suya: «gusto de ser tal cual soy» —es decir, lleno y regalador de toda gracia y hermosura— «por ser tuyo y para darme a ti». En verdad «si el alma busca a Dios, mucho más le busca su Amado a ella» (LB 3,28).

### *En la alegría del Espíritu Santo*

Aquí tenemos que detenernos «no sin gran júbilo», porque esta asombrosa verdad de Dios está atravesada de una alegría exultante, a la que el Santo llama la fiesta del Espíritu Santo<sup>16</sup>, los «juegos y fiestas alegres que hace el Espíritu Santo en el alma» (cf. LB 3,10).

<sup>14</sup> IRENEO DE LYON, *Adversus Haereses* (AH), V 15,2-3.

<sup>15</sup> Como hace notar Gabriel Castro, «no es inocente y descuidada la inclusión en el texto de la mención al Espíritu Santo, que no figuraba en el evangelista». Cf. «Llama de Amor viva» en *Introducción a la lectura de san Juan de la Cruz* (Valladolid: Junta de Castilla y León, 1991), 522.

<sup>16</sup> «Porque en la sustancia del alma donde ni el centro del sentido ni el demonio pueden llegar pasa esta fiesta del Espíritu Santo» (L 1,9).

La verdad de Dios que se revela en este libro es una fiesta infinita, donde «todos los bienes [...] que Dios hace al alma, siempre se lo hace con motivo de llevarla a vida eterna» (LB 3,10), y «es Dios el obrero de todo, sin que el alma haga de suyo nada» (LB 1,9).

«En este estado de vida tan perfecta siempre el alma anda interior y exteriormente como de fiesta, tiene un júbilo de Dios grande, como un cantar nuevo, siempre nuevo» (LB 2,36). Interior y exteriormente, puesto que es la persona entera la que participa de este júbilo. Rescato aquí, creo que pertinentemente, la memoria de María de San José Salazar, hija predilecta de Santa Teresa; de la que no viene tanto al caso recordar su semejanza con Juan de la Cruz en sus múltiples tribulaciones, cuanto en esta experiencia de júbilo en el Espíritu: describiendo su oración en el *Libro de recreaciones*, cuenta que «nacen a tiempo unos júbilos y gozos del alma, [...] y redundan tanto en lo exterior, que salen con risas, de suerte que me ha acontecido no osar ponerme en oración donde las hermanas están, por las risas e ímpetus que, sin poder más, se salen desmandados»<sup>17</sup>.

Es la fiesta de Dios y la fiesta del alma, que se ve igualada con Dios y por tanto capaz de devolverle lo que Él le ha dado, es decir, lo que no le pertenecía y ahora es tan suyo como del mismo Dios (Cf. LB 3,80). No es solo la alegría de la perfección, sino que es la alegría de la salvación, de la filiación que nos alcanza a todos, perfectos e imperfectos. Creo oportuno para ilustrar esto traer unas palabras que Dostoievski pone en boca de uno de sus personajes, Dimitri Karamazov:

«Puedo estar maldito, puedo ser miserable y vil, pero también yo beso el extremo de la vestidura con que se envuelve mi Dios; no importa que al mismo tiempo siga yo las pisadas del diablo; de todos modos soy, también, hijo tuyo, Señor, y te quiero, y experimento una alegría sin la cual el mundo no podría mantenerse y ser»<sup>18</sup>.

---

<sup>17</sup> MARÍA DE SAN JOSÉ SALAZAR, *Libro de Recreaciones en Escritos Espirituales* (Roma: Postulación General O.C.D., 1979), 83.

<sup>18</sup> FIODOR M. DOSTOIEVSKI, *Los hermanos Karamazov* (Madrid: Cátedra, 1987), 214.

### *En la fe de la Iglesia*

Esta experiencia de filiación y unión con Dios que tanta alegría desata es una experiencia íntima y personal,<sup>19</sup> que acontece en el más profundo centro del alma, pero es también y siempre una experiencia de comunión; el matrimonio espiritual al que tan pocos llegan se nos entrega ya como promesa en el Bautismo, cuando el agua del Espíritu comienza a correr por las venas del alma<sup>20</sup>. El Espíritu Santo es el garante de esta promesa, y «donde está el Espíritu de Dios, allí está también la Iglesia y toda gracia»<sup>21</sup>. Un libro sobre la acción del Espíritu Santo es siempre también un libro sobre la Iglesia.

#### B) Un propósito: qué quiere Dios

«El fin de Dios es engrandecer al alma» (LB 2,3), hasta el punto de que parece que «no tiene Dios otra alma en el mundo a quien regalar, ni otra cosa en que se emplear, sino que todo él es para ella sola» (LB 2,36), y así lo escucha el alma del mismo Dios: «Yo soy tuyo y para ti» (LB 3,6).

Este es el plan de Dios para la salvación del hombre, descrito por Pablo en la Carta a los Efesios, «dándonos a conocer el Misterio de su voluntad... para ser nosotros alabanza de su gloria» (cf. Ef 1,9-12). «En él también vosotros, tras haber oído la palabra de la verdad, el Evangelio de vuestra salvación, y creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa, que es prenda de nuestra herencia. Para redención de su pueblo, para alabanza de su gloria» (Ef 1,14).

---

<sup>19</sup> «¿Qué puede haber más íntimo que la relación de un ser humano con Dios?» (Etty Hillesum, citado por PAUL LEBEAU, *Etty Hillesum, un itinerario espiritual*, Santander: Santander, 2000), 99.

<sup>20</sup> «Y aunque es fuego, también es agua, porque este fuego es figurado por el fuego del sacrificio que escondió Jeremías en la cisterna, el cual en cuanto estuvo escondido era agua, y cuando lo sacaban fuera para sacrificar era fuego. Y así, este Espíritu de Dios, en cuanto está escondido en las venas del alma, está como agua suave y deleitable, hartando la sed al espíritu; y en cuanto se ejercita en sacrificio de amor a Dios, es llamas vivas de fuego» (LB 3,8).

<sup>21</sup> IRENEO DE LYON, *Contra las herejías*, AH III 24,1.

San Juan de la Cruz reconoce y asume plenamente este proyecto de salvación, pues «al fin, para este fin de amor fuimos creados» (CB 28,3). El propósito de Dios siempre ha sido igualarnos con él en el amor, por eso baja a buscarnos. Y hallados fieles en ese amor que nos iguala, no dejará de cumplirse «que “si alguno le amase, vendría la Santísima Trinidad en él y moraría de asiento en él”» (cf. LB 1,15). Ser morada de la Trinidad es mucho más que ser un recipiente, un mero contenedor de su gloria. Es una habitación por la que el ser humano interactúa con Dios, recibe y da, llevando esta reciprocidad al extremo, como se recoge en la canción 3ª: «Porque, en esta dádiva que hace el alma a Dios, le da al Espíritu Santo como cosa suya» —suya del alma— «para que en él se ame como él merece». Y está feliz el alma, «porque ve que da ella a Dios cosa suya propia que cuadra a Dios según su infinito ser». Y «Dios se paga con aquella dádiva del alma (que con menos no se pagaría), y la toma Dios con agradecimiento, como cosa que de suyo le da el alma, y en esa misma dádiva ama él de nuevo al alma, y en esa reentrega de Dios al alma ama el alma también como de nuevo» (LB 3,79). Es una dinámica de eternidad, pues nunca se acaba, y «a vida eterna sabe». Y es que «estando esta alma tan cerca de Dios, ¿qué increíble cosa se dice que guste un rastro de vida eterna? Aunque no perfectamente, porque no lo lleva la condición de esta vida» (LB 1,6). Aquí está, desplegado ante nuestros ojos, el propósito de Dios.

### 3. ORATIO: «ACOSTUMBRARSE»

La *oratio*, en el esquema de la *Lectio divina*, es ya una respuesta nuestra, lo que le devolvemos a Dios. Es esa dádiva que Él recibe con agradecimiento (Cf. LB 3,79). Pero para que esta verdad resplandezca y este propósito de amor se realice en nosotros, es necesario un proceso. El alma coprotagonista del libro de la *Llama*, —escrito, no lo olvidamos, desde la más alta cumbre que en esta vida se puede alcanzar— abarca con su mirada todo el camino que ha recorrido, y al hacerlo no ve tan solo su propio itinerario: es una senda de dos direcciones, y en la huella de los pasos de Uno y otra se conoce fácilmente quién ha buscado más a quién. En la 1ª Carta a los Corintios

leemos que «el hombre naturalmente no capta las cosas del Espíritu de Dios, son necesidad para él. [...] Y no las puede conocer, pues solo espiritualmente son juzgadas» (2,12.14). «Y el mundo no lo conoció», se nos dice en el Prólogo del Evangelio de Juan (1,20). Hay un eco de estas palabras de Pablo en la canción segunda, cuando el autor dirigiéndose a Dios, inicia una petición: «di esto al mundo»; y acto seguido se autocorrige: «mas no lo quieras decir al mundo, porque no sabe de aire delgado y no te sentirá, porque no te puede recibir ni te puede ver» (LB 2,17).

No le podemos conocer, no le podemos recibir. Es una impotencia ontológica, «por la angostura de la casa terrestre» (LB 1,28). Porque «esta llama es amplísima e inmensa y la voluntad es estrecha y angosta» (LB 1,23). Es imposible para nosotros dar cabida a Dios, si Él mismo no se hace sitio. Solo Dios puede salvar esta distancia, pero entonces —se plantea el Santo— «¿cómo puede sufrir el alma tan fuerte comunicación en la flaqueza de la carne, que en efecto no hay sujeto y fuerza en ella para sufrir tanto sin desfallecer?» (LB 4,11).

Juan de la Cruz se hace la pregunta pero ya conoce la respuesta, y expone dos razones por las que el ser humano puede soportar esa fuerte comunicación de Dios en la flaqueza de la carne. La primera que alega es el estado de perfección que tiene aquí el alma, pero él mismo reconoce que esta causa no bastaría para «dejar de recibir detrimento delante de tanta grandeza y gloria», porque «aunque está el natural muy puro», por mucho que lo esté esta fuerte comunicación de Dios «todavía excede al natural» (LB 4,12). Así que vamos a la segunda causa, que es según sus palabras la que hace al caso<sup>22</sup>, y es que en esta altísima y fortísima comunicación de Dios, lo que hace éste es «mostrarse manso. Porque, así como Dios muestra al alma grandeza y gloria para regalarla y engrandecerla, así la favorece para que no reciba detrimento, amparando el natural, mostrando al espíritu su grandeza con blandura y amor» (LB 4,12).

---

<sup>22</sup> «Sino que la segunda causa es la que hace al caso, que es la que en el primer versete dice aquí el alma, que es mostrarse manso» (LB 4,12).

Dios muestra su grandeza con blandura y amor, porque así es como hace Dios las cosas, pero es que así es como ha venido haciéndolas desde siempre. En este punto de la *Lectio* hay cierta agitación en la memoria y a su superficie afloran, sin buscarlos, los versos de los Romances: «En el principio moraba / el Verbo, y en Dios vivía, / en quien su felicidad / infinita poseía<sup>23</sup>». Ya sabemos que «si el alma busca a Dios, mucho más le busca su Amado a ella» (LB 3,28). Mucho más, y mucho antes. Esta *Lectio* nos ha llevado a seguir el rastro de esa búsqueda.

Hay quien dice que la Historia debería escribirse de adelante hacia atrás, partiendo del presente y retrocediendo para conocer y comprender el origen, el porqué de las cosas; leyendo así, hacia atrás, la historia de la blandura y amor de Dios, encontramos esta Llama amorosa derramándose y haciéndolo todo nuevo en la Pasión, Muerte y Resurrección del Hijo, donde el Espíritu Santo es el sello de la Pascua. Más atrás aún, estaba presente y haciendo posible la Encarnación, cuando «la Trinidad / de carne al Verbo vestía; / y aunque tres hacen la obra, / en el uno se hacía; / y quedó el Verbo encarnado / en el vientre de María». Más aún, ya estaba actuando en la creación del mundo, cuando «Hágase, pues —dijo el Padre—, / que tu amor lo merecía. / Y en este dicho que dijo / el mundo criado había, / palacio para la esposa / hecho en gran sabiduría». Y mucho más atrás todavía si tuviera sentido decir «atrás» o «adelante» en la eternidad: «En aquel amor inmenso / que de los dos procedía, / palabras de gran regalo / el Padre al Hijo decía», palabras como estas: «Al que a ti te amare, Hijo, / a mí mismo le daría, / y el amor que yo en ti tengo / ese mismo en él pondría, / en razón de haber amado / a quien yo tanto quería<sup>24</sup>».

Partiendo del final de la historia desde donde está escrito el libro de la *Llama*, podemos rastrear este plan de salvación hasta la eternidad, pues se gestó antes del tiempo en el seno de la Trinidad. La *Llama* cuenta brevemente el proceso y prolijamente el resultado de este acostumbrarse del alma a Dios, pero es que antes de eso, fue

---

<sup>23</sup> Romance 1º, «In principio erat Verbum».

<sup>24</sup> Romance 2º, «De la comunicación de las Tres Personas».

Dios el que tuvo que acostumbrarse a nosotros. Hay un eco bellissimo de este abajamiento en la Canción 27 del *Cántico Espiritual*, cuando nos dice que «llega a tanto la ternura y verdad de amor con que el inmenso Padre regala y engrandece a esta humilde y amorosa alma [...], que se sujeta a ella verdaderamente para la engrandecer, como si él fuese su siervo y ella fuese su señor. Y está tan solícito en la regalar, como si él fuese su esclavo y ella fuese su Dios: ¡tan profunda es la humildad y dulzura de Dios!» (CB 27,1).

La Llama es en definitiva consecuencia del abajamiento de Dios, y en los Romances se despliega este abajamiento ante nuestros ojos: La *Kénosis*, el abajamiento del Padre al crear al hombre a su imagen y semejanza (cf. Gn 1,26) y su proceso de acostumbramiento para convertirlo en su interlocutor, con el que pasear y conversar a la hora de la brisa (cf. Gn 3,8-9). La *Kénosis* del Hijo, en su Encarnación, Pasión y Muerte (cf. Flp 2,5-10) y en su proceso de acostumbramiento a la obediencia (cf. Hb 5,7-9), pues no había obediencia en el seno de la Trinidad. Y la *Kénosis* del Espíritu Santo, que desciende sobre la carne de María, se acostumbra a habitar en la carne del hombre Cristo Jesús<sup>25</sup>, y después de Pentecostés, circulando ya por las venas de la humanidad<sup>26</sup>, nos hace capaces de aceptar en nosotros la acción de la Palabra de Dios y por tanto de entrar en diálogo con Él.

Ese camino de abajamiento que ha hecho Dios por y hacia nosotros, «ese lento acostumbrarse el Espíritu a morar en la carne» en palabras de Ireneo de Lyon, ha propiciado el lento acostumbrarse de nuestra carne a ser morada del Espíritu en un proceso inacabado que requiere «paciencia y constancia» (cf. LB 2,30) para «ayudar al hombre viejo a bien morir, a salir de ese ejercicio de vida vieja, la cual es muerte de la nueva, que es la espiritual» (LB 2,33). En ese proceso «el amor es la inclinación del alma y la fuerza y virtud que tiene para

---

<sup>25</sup> «Por eso también descendió sobre el Hijo de Dios hecho Hijo del Hombre, para acostumbrarse a habitar con él en el género humano, a descansar en los hombres y a morar en la criatura de Dios, obrando en ellos la voluntad del Padre y renovándolos de hombre viejo a nuevo en Cristo» (IRENEO DE LYON, *Contra las herejías*, AH III 17,1).

<sup>26</sup> Cf. LB 3,8.

ir a Dios» (LB 1,13) porque es el amor el que iguala al alma con Dios hasta que «la dilate y ensanche y haga capaz de sí misma» (LB 1,23).

Ese proceso hacia atrás se ha convertido en una búsqueda que, partiendo siempre del texto de la Llama de Amor Viva, en algún momento, sin yo saber cómo, ha saltado al de los Romances, y tras remover algunos estantes de mi memoria ha incorporado otras cosas que no sabía. Una de las más sorprendentes ha sido esta sintonía entre Juan de la Cruz y la economía del «acostumbramiento de Dios» de san Ireneo<sup>27</sup>. Por carecer de espacio para desarrollar este vínculo, y de capacidad para ahondar en él, valga este párrafo del obispo de Lyon para justificar esa conexión que ha venido a mí sin buscarla:

«Sébase que Dios siempre es el mismo e idéntico a lo que él mismo es, y que todo le es posible. Pero las cosas creadas por él, puesto que comenzaron a existir cuando fueron hechas, por fuerza son inferiores a aquel que las hizo. Las cosas que llegaron a ser no podían ser increadas; y por el hecho de no ser increadas les falta ser perfectas. Como fueron producidas más tarde, en ese sentido son niñas, y como niñas no están ni habituadas ni ejercitadas en un modo de actuar perfecto. Sucede como con una madre capaz de dar al bebé un alimento de adulto, pero él aún no puede comer ese alimento demasiado pesado para sus fuerzas. De modo semejante, Dios pudo dar la perfección al ser humano desde el principio, pero éste era incapaz de recibirla, pues también era niño. Por eso nuestro Dios en los últimos tiempos, para recapitular todas las cosas en sí mismo, vino a nosotros, no tal como podía mostrarse, sino como nosotros éramos capaces de mirarlo. Porque podía venir a nosotros en su gloria inexpresable, pero nosotros no hubiéramos resistido soportar la grandeza de su gloria. Por eso, como a niños, aquel que era el pan perfecto del Padre se nos dio a sí mismo como leche, cuando vino a nosotros como un hombre; a fin de que nutriendo nuestra carne como de su pecho, mediante esa lactancia nos acostumbráramos a comer y beber al Verbo de Dios, hasta que fuésemos capaces de recibir dentro de nosotros el Pan de la inmortalidad, que es el Espíritu del Padre»<sup>28</sup>.

---

<sup>27</sup> Mi agradecimiento a KRZYSZTOF STALISLAW MLOTEK, autor de la publicación *Adsuesceret Deum w teologii św Ireneusza z Lyonu*, en: StACh vol. 18, Katowice 2014, y traducida al castellano por el mismo autor. A su generosidad al compartirla le debo el haber intuido y luego rastreado esta conexión.

<sup>28</sup> IRENEO DE LYON, *Contra las herejías*, AH IV 38,1.

La *Llama* nos describe la obra del Espíritu Santo para acostumbrarnos a ser morada de Dios, ensanchando nuestra alma para que quepa, pues aunque las cavernas del sentido son profundas e insondables y capaces de infinitos bienes, «basta el menor de ellos para embarazarlas» (LB 3,18). Porque siendo capaz de Dios como soy (cf. LB 1,23), soy también «desperdiciadora de mi alma»<sup>29</sup>. Dios ha tenido que hacer este proceso de acostumbramiento para que cada uno de nosotros pueda acogerle como semejante.

«La gloria de Dios es el hombre viviente, y la vida del hombre es ver a Dios»<sup>30</sup>. La *Llama de amor viva* revela esta relación tan estrecha entre Dios y hombre, entre su gloria y nuestra existencia. Y «todo lo que se puede decir es menos de lo que hay, porque la transformación del alma en Dios es indecible. Todo se dice en estas palabras, que el alma está hecha Dios de Dios» (LB 3,8), y «ya Dios en este estado es el agente y el alma es la paciente; porque ella solo se ha como el que recibe y como en quien se hace, y Dios como el que da y como el que en ella hace» (LB 3,32)

Hasta la perfección en el amor, cuando ya «el alma es como sombra de Dios», y «en cierta manera es ella Dios por participación» (LB 3,78). Esta promesa alcanza a toda persona esté como esté, porque «eso tiene este cauterio de amor, que en alma que toca, ahora esté llagada de otras llagas de miserias y pecados, ahora esté sana, luego la deja llagada de amor; y ya las que eran llagas de otra causa, quedan hechas llagas de amor» (LB 2,7). Esta es la llaga regalada, la llaga perfecta que es siempre consecuencia del Amor y es ella misma Amor. Lo entendió o al menos lo reflejó bellamente Miguel Hernández en su poema el «Silbo de la llaga perfecta»:

*Ábreme, Amor, la puerta  
de la llaga perfecta.*

*Abre, Amor mío, abre,  
la puerta de mi sangre.*

<sup>29</sup> *Dichos de luz y amor*, 123.

<sup>30</sup> IRENEO DE LYON, *Contra las herejías*, AH IV 20,7.

*Abre, para que salgan  
todas las malas ansias.*

*Abre, para que huyan  
las intenciones turbias.*

*Abre, para que sean  
fuentes puras mis venas,*

*mis manos, cardos mondos,  
pozos quietos mis ojos.*

*Abre, que viene el aire  
de tu palabra... ¡Abre!*

*Abre, Amor, que ya entra...*

*¡ay!*

*Que no se salga.... ¡Cierra!*<sup>31</sup>

#### 4. CONTEMPLATIO: DEJARNOS TRANSFORMAR

La *Oratio* nos conduce suavemente a la *Contemplatio*, donde aprendemos a leer la vida con los ojos de Dios. Esta dichosa alma que «con tanta fuerza está transformada en Dios y tan altamente de él poseída y con tantas riquezas de dones y virtudes arreada» (LB 1,1), tiene clavada en Dios su mirada, y en esa misma mirada conoce la verdad y la medida de todas las cosas.

Porque ya sabemos que nosotros lo hacemos todo a nuestra medida, incluso a Dios, «que ésta es la bajeza de nuestra condición de vida, que, como nosotros estamos, pensamos que están los otros, y como somos, juzgamos a los demás, saliendo el juicio y comenzando de nosotros mismos y no de fuera». Por esa condición nuestra «cuando estamos descuidados y dormidos delante de Dios, nos parece que Dios es el que está dormido y descuidado de nosotros» (cf. LB 4,8).

Llegados a este punto, y si esta reflexión que comparto es realmente una *Lectio* existencial, es oportuno recordar que todo lo que ha tocado mi existencia y la de quienes me rodean, sobre todo en

<sup>31</sup> MIGUEL HERNÁNDEZ, *Poemas* (Barcelona: Plaza & Janes, 1991), 25.

estos últimos meses, es el contexto que incluso sin proponérmelo ha determinado que sean unas palabras más que otras las que resuenen en estas páginas.

Lo que ha tocado mi existencia y la de todos nosotros en estos meses ha sido un tiempo de tribulación<sup>32</sup>. Ni siquiera me atrevo a llamar «Noche» a la oscuridad de este tiempo pues sé poco de la noche; pero sí sé que no toda oscuridad es noche, como no todo sufrimiento es cruz. Y este entorno de tribulación abarca más que el hecho concreto de estar en medio de una pandemia mundial, aunque esta circunstancia ya es en sí una tribulación tan grande como para obligarnos a movernos del lugar en el que estábamos, sea cual fuere. Digo que abarca más, porque para muchísima gente el mundo ya era desde mucho antes, para algunos desde siempre, un lugar hostil. En cualquier caso, esta es una época en que por esa nuestra baja condición nos puede parecer que Dios está dormido y descuidado de nosotros.

En este tiempo de tribulación, personal o colectiva, aunque preferiríamos en palabras de Pablo ser “revestidos sin ser desvestidos”<sup>33</sup>, podemos decidir que aceptamos y acogemos esta oportunidad de purificación que se nos ofrece, aprendiendo cómo y hacia dónde dirigir nuestra mirada; que es a un Dios en descenso desde siempre, «en modo de dar», para que «también el alma trate con él en modo de recibir» (LB 3,34).

*Llama* es un final que nos remite a un comienzo, a un Dios que está, desde toda la eternidad, «en modo de dar». Es el ser de Dios el que da a las cosas, a la existencia y a la historia «su fuerza, raíz y vigor, y es tanto lo que conoce ser Dios en su ser todas estas cosas, que las conoce mejor en su ser que en ellas mismas. Y éste es el deleite grande de este recuerdo: conocer por Dios las criaturas, y no por las criaturas a Dios; que es conocer los efectos por su causa, y no la

---

<sup>32</sup> El término, que considero apropiado, está tomado de SAVERIO CANNISTRÀ, *Un deseo en tiempos de tribulación*, Carta a la Orden, Roma 5 de abril de 2020.

<sup>33</sup> «¡Sí! Los que estamos en esta tienda gemimos abrumados. No es que queramos ser desvestidos, sino más bien sobrevestidos, para que lo mortal sea absorbido por la vida» (2Cor 5,4).

causa por los efectos» (LB 4,5). Conocer mejor las cosas en el ser de Dios que en las mismas cosas es «conocimiento esencial» (LB 4,5); es comprender la vida desde la verdad de Dios, lo interpretable desde lo no interpretable: «así como quien abriendo un palacio, ve en un acto la eminencia de la persona que está dentro, y ve juntamente lo que está haciendo» (LB 4,7). Es una única y penetrante mirada, que partiendo de Dios abarca al mundo: porque «esta es la propiedad del amor: escudriñar todos los bienes del Amado» (LB 2,4).

La naturaleza creada, las cosas, los acontecimientos, las «vías de carne y tiempo» (cf. 2S 20,5) donde nos movemos y a menudo nos perdemos, solo se comprenden si las miramos a través del que es su comienzo y su meta (cf. Rm 11,35). Todo lo que ocurre y transcurre lo hace entre Dios y Dios, entre ese origen antes del tiempo y ese final que a vida eterna sabe y toda deuda paga. «Y así la dichosa alma que por grande ventura a este cauterio llega, todo lo sabe, todo lo gusta, todo lo que quiere hace y se prospera, y ninguno prevalece delante de ella, nada le toca» (LB 2,4). En 1ª Corintios nos dice Pablo que «el hombre espiritual lo juzga todo, y a él nadie puede juzgarle» (2,15). La *Llama de amor viva* habla de este hombre transformado en y por Dios, capaz de reconocer esa determinación suya de asociarnos a su gloria como la «intrahistoria», el blando y amoroso hilo que da trabazón y sentido a toda la historia. «¡Recuérdanos tú y alúmbranos, Señor mío, para que conozcamos y amemos los bienes que siempre nos tienes propuestos, y conoceremos que te moviste a hacernos mercedes y que te acordaste de nosotros!» (LB 4,9). Conocer y amar, en un doble y único movimiento.

Contemplar la vida con los ojos de Dios es tener la mirada transfigurada de Juan de la Cruz sobre todas las cosas, rescatando la hermosura y dignidad<sup>34</sup> de todo lo creado: cielos y tierra, justos y pecadores<sup>35</sup>;

---

<sup>34</sup> «Y así en este levantamiento de la encarnación de su Hijo y de la gloria de su resurrección según la carne, no solamente hermosó el Padre las criaturas en parte, mas podremos decir que del todo las dejó vestidas de hermosura y dignidad» (CB 5,4).

<sup>35</sup> Cf. «Oración del alma enamorada» (D 26).

es descubrir «con tanta novedad aquella divina vida y el ser y armonía de toda criatura en ella» (LB 4,6), porque todas las criaturas tienen su vida, y duración y fuerza en él<sup>36</sup>, y «todo el universo es un mar de amor en que ella está engolfada» (LB 2,10).

Comprender la vida y la creación de esta manera es reconocer la gracia derrochada en este mundo creado, aunque aparezca a menudo insertada en el corazón de la desgracia. Gracia y desgracia conviven y se entremezclan, pero *Llama* nos recuerda que la gracia es definitiva. Así, leerlo todo con los ojos de Dios es hacerlo desde ese lugar donde quizá aún no estamos pero al que ya pertenecemos, y donde por la entrañable misericordia de nuestro Dios vamos a quedarnos «para siempre, siempre, siempre»<sup>37</sup>.

Vivir así significa hacerlo bajo la luz eterna de la Pascua, en esta vida ya, como una anticipación de Su Promesa; aquella misma que nos hace el Crucificado-Resucitado en una de las visiones de Juliana de Norwich: «Todo acabará bien, y todo acabará bien, y sea lo que sea, acabará bien»<sup>38</sup>. Es el más feliz de los finales, cuando seamos «absorbidos poderosa y fuertemente en el abrazo abismal de su dulzura» (LB 1,15).

## 5. ACTIO: RECREAR EL MUNDO

Esta criatura nueva, esta alma que es Dios por participación y mira con los ojos de Dios, como el mismo Dios, recrea el mundo con su mirada. Y nos hace desear vivir ahí, en ese gozo y esa claridad, para dar “calor y luz junto a su querido” e iluminar la oscuridad del mundo.

«Está trocada la muerte de esta alma en vida de Dios» (LB 2,34). Atravesar el poema y el comentario de la *Llama de amor viva* es de

---

<sup>36</sup> «Porque echa allí de ver el alma cómo todas las criaturas de arriba y abajo tienen su vida y duración y fuerza en él, y ve claro lo que él dice en el libro de los Proverbios diciendo: Por mí reinan los reyes, por mí gobiernan los príncipes y los poderosos ejercitan justicia y la entienden (Prov 8, 15-16)» (LB 4,5).

<sup>37</sup> TERESA DE JESÚS, *Vida* 1,4.

<sup>38</sup> JULIANA DE NORWICH, *Libro de visiones y revelaciones* (Madrid: Trotta, 2002), 94.

alguna manera un anticipo de esto, de experimentar la muerte de la muerte. «La muerte ha sido devorada en la victoria. ¿Dónde está, oh muerte, tu victoria?» (1 Cor 15, 54-55). Esta es la experiencia cristiana primordial, el *Keriygma*, la piedra angular de nuestra fe. Somos cristianos no solo porque creemos eso, sino, y sobre todo, porque nos ha pasado eso. «Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida, porque amamos a nuestros hermanos» (1Jn 3,14). O lo sabremos el día que amemos a nuestros hermanos. Escribió Simone Weil que «no es por la forma en que un hombre habla de Dios, sino por la forma en que habla de las cosas terrenas, como se puede discernir mejor si su alma ha permanecido en el fuego del amor a Dios»<sup>39</sup>. Esa manera de mirar el mundo con los ojos de Dios determina nuestra manera de estar en él, porque «quien dice que permanece en Él debe vivir como vivió Él» (1Jn 2,6).

Este mirar y conocerlo todo desde el ser de Dios es la mirada contemplativa que recrea y salva al mundo, y es en última instancia la que justifica mi participación en esta reflexión y, por ende, mi vida entera. Todos los que aun de modo imperfecto y bajo creemos en esta verdad nos podemos acostumbrar, poco a poco, a mirar así al mundo, para salvarlo, dando sentido y valor a cada cosa y a cada existencia.

«Ante esto, ¿qué diremos? Si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros? [...] ¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿La tribulación?, ¿la angustia?, ¿la persecución?, ¿el hambre?, ¿la desnudez?, ¿los peligros?, ¿la espada? [...] En todo esto salimos vencedores gracias a aquel que nos amó» (Rm 8,37).

Nos acercamos al término de esta reflexión, cuyo carácter de *Lectio* nos pide que lo hagamos también desde el propio texto. Al final del comentario de la última canción, el autor nos dice: «en la cual aspiración, llena de bien y gloria y delicado amor de Dios para el alma, yo no querría hablar, ni aun quiero; porque veo claro que no lo tengo de saber decir, y parecería que ello es menos si lo dijese» (LB 4,17). Recordemos que el final del poema nos colocaba en un ahora y ante

---

<sup>39</sup> SIMONE WEIL, *El conocimiento sobrenatural* (Madrid: Trotta, 2003), 84.

un tú: —*recuerdas, moras, me enamoras*— que tiene sabor de vida eterna, inaugurada ya. El «no final» de la Declaración, ese «yo no querría hablar ni aun quiero», parece traernos de vuelta desde la plenitud alcanzada a lo inacabado, lo inconcluso.

Vale la pena recordar aquí que la verdadera *Actio* que emana de una lectura orante es la que comienza cuando cierras el libro y te levantas. Desde ese punto de vista, el final abrupto del libro de la *Llama* se convierte en un final abierto que estamos invitados a seguir escribiendo con nuestra vida; porque como nos recuerda una aventajada discípula de Juan de la Cruz, Teresa de Lisieux, «un alma abrasada de amor no puede permanecer inactiva»<sup>40</sup>.

Hemos llegado al final de esta *Lectio* existencial. Solo nos queda cerrar el libro, levantarnos, y tratar de vivir toda nuestra vida desde ahí. Ya no tengo más palabras. «Y por eso, aquí lo dejo» (LA 4,17).

---

<sup>40</sup> TERESA DE LISIEUX, *Historia de un alma*, Manuscrito C. (Burgos: Monte Carmelo, 5ª reimp., 2015), 305.